



Xélucha

y otros relatos de terror, locura y muerte

M. P. SHIEL

Matthew Phipps Shiell nació en 1865 en Montserrat, una isla de las Pequeñas Antillas británicas. Su padre era un comerciante, armador y predicador irlandés casado con una mulata nativa. A los 20 años se instaló en Londres, donde estudió en el King's College y malvivió largo tiempo acosado por la pobreza. Hasta 1895 no publicó su primer libro, «Prince Zaleski», historias de detectives al estilo de Poe y Conan Doyle. Pero fue su colección de relatos «Shapes in the Fire» (1896) la que le ganó la admiración de la crítica.

Las obras de Shiel no gozaron de gran difusión pública y tuvo que ganarse la vida escribiendo seriales para revistas baratas y para autores de éxito. En 1901 publicó «The Lord of the Sea», una fantasía histórica inspirada en «El conde de Montecristo», y «La nube púrpura», una novela precursora de la ciencia ficción. Xélucha y otros relatos de terror, locura y muerte reúne doce de las mejores historias de horror de Shiel, más de la mitad de las cuales no habían sido traducidas aún al español. Entre estos relatos podemos destacar "Xélucha", ambientado en un Londres espectral y emparentado con la "Ligeia" de su maestro Poe, "Phorfor" una historia de amor con la presencia constante y obsesiva de la muerte, "El primado de la rosa", una pequeña joya del género «venganza servida en frío», o "Vaila", primera versión de "The House of Sounds", que trata del «progresivo horror que amenaza desde hace siglos a una isla subártica donde un hombre deseoso de venganza construye una aterradora torre de latón», según lo describía un admirado Lovecraft, para quien este relato merecía un lugar destacable dentro del género del terror. La desbordante imaginación de Shiel, unida a su virtuosismo verbal y estilístico dejarán en el lector un poso duradero de extrañeza, de maravilla y de horror.

LOS REINOS IMAGINARIOS DE M. P. SHIEL

Matthew Phipps Shiell nació en 1865 en Montserrat, una de las Islas de Sotavento que forman parte de la cadena de las Pequeñas Antillas, en las entonces Indias Occidentales Británicas. A Montserrat se le ha llamado «la Isla Esmeralda del Caribe», no solo porque su verdor recuerde el de las costas de Irlanda, sino porque buena parte de sus habitantes son de ascendencia irlandesa. También lo era el padre del futuro escritor, Matthew Dowdy Shiell, hijo ilegítimo de un oficial de aduanas y una esclava africana; sin embargo, su origen no le impidió llegar a ser un rico comerciante y armador, que en sus ratos libres era además predicador laico de la Iglesia metodista. Matthew acompañaba de niño a su padre en sus frecuentes viajes por las islas, en los que combinaba los negocios con el proselitismo religioso; y la figura de aquel exaltado predicador revivalista aparecerá en varias de las historias de M. P. Shiel, como se hizo llamar (sin la *e* final de su apellido) cuando emprendió su carrera literaria. Su madre, Priscilla Ann Blake, también era mulata. En la literatura decimonónica (aunque Shiel esté más bien a caballo entre el XIX y el XX), solo el famoso tándem que forman Alexandre Dumas *père et fils* nos recuerda un mestizaje similar, y no deja de ser curioso que una de las primeras novelas de Shiel, *The Lord of the Sea*, se inspirara en *El conde de Monte cristo*.

El joven isleño (corto de estatura, muy moreno y fornido, de facciones marcadas) estudió en un colegio de De-

vonshire y después en el Harrison College de la cercana Barbados, y en 1885 se trasladó a Londres. Para entonces los negocios de Dowdy iban de mal en peor (entre otras cosas porque desde la Ley de Emancipación de los esclavos, que privó a los plantadores antillanos de una mano de obra gratis, el cultivo de la caña de azúcar había dejado de ser tan rentable como antaño, y el comercio en general se resentía), por lo que ya no pudo seguir financiando los estudios de su hijo. Aun así, Shiel frecuentó los cursos de una escuela de interpretación del King's College de Londres, lo que sumado a sus dotes naturales terminaría haciendo de él un fino lingüista, que dominaba siete u ocho lenguas entre clásicas y modernas. No parece, sin embargo (pese a lo que él contaría después), que llegara a matricularse como estudiante de medicina en el hospital St. Bartholomew, aunque durante toda su vida, como muestran a menudo sus escritos, mantendría un vivo interés por esta ciencia, y en especial por la naciente psiquiatría.

Así que, sin poder concluir sus estudios ni obtener título alguno, el joven Shiel malvivió durante los años siguientes con trabajos ocasionales como profesor y traductor, casi siempre acosado por las deudas y amenazado por la pobreza. Lector voraz desde niño, a los diecisiete años había descubierto las obras de Edgar Allan Poe y, como tantos otros escritores en ciernes, quedó deslumbrado y se puso en seguida a imitarle (otros algo más maduros, como Baudelaire y Cortázar, prefirieron ponerse a traducirle); pero no fue hasta que tuvo casi treinta años cuando se le ocurrió ganarse la vida con la pluma.

Su primer libro, *Prince Zaleski* (1895), debía mucho a las historias detectivescas de Poe, con algunos toques de Conan Doyle, aunque con un estilo propio y unos temas recurrentes muy llamativos. Pero sería el tercero, *Shapes in the Fire*, el que establecería la reputación de Shiel como uno de los más notables decadentistas británicos. Lo publicó John Lane en 1896, un año después del juicio de Oscar

Wilde (que por entonces, en su celda de la cárcel de Reading, escribía resignadamente *De Profundis*). "Xélucha", "Vaila", "Tulsah" y "Phorfor", incluidas en la presente antología, eran cuatro de las seis «formas en el fuego» que componían esta obra singular, donde Shiel se servía de un lenguaje preciosista y un estilo elevado, trufado de referencias cultas y resonancias filosóficas, para contar cuatro desahoradas historias de horror que transcurren en lugares exóticos y apartados del mundo (salvo "Xélucha", ambientada en un Londres espectral). Estas historias nos remiten de manera más o menos directa a célebres cuentos de Poe, como "Ligeia" ("Xélucha" y "Tulsah") o "El hundimiento de la casa Usher" ("Vaila"); pero, lejos de ser meras imitaciones, tanto su rareza como su prosa exquisita las señalan como obras de un escritor de raza, cuya extravagancia no hace sino reflejar la de aquel *fin de siècle*.

Corrían malos tiempos para los estetas, y aunque *Prince Zaleski* había tenido bastante éxito (lo que animó a Shiel a dedicarse plenamente a la literatura), *Shapes in the Pire* tuvo una acogida más fría. A pesar de las palabras de ánimo de algunos eminentes contemporáneos (como Arthur Machen, el maestro de la ficción sobrenatural finisecular, que tras leer el libro le escribió para decirle que había conseguido lo que él llevaba mucho tiempo intentando), Shiel no terminó de consagrarse como autor de primera fila, y hubo de seguir ganándose la vida como un galeote de la pluma, escribiendo a destajo seriales para periodicuchos y revistas populares y aceptando no pocas obras de encargo, para él desdeñables, como «negro» de autores de éxito. Sería tedioso enumerarlas; baste mencionar, como curiosidad, que uno de aquellos seriales (que le amargaban la vida al impedirle dedicarse a la alta literatura) daría origen a la novela *The Yellow Danger* (1898), en la que aparece un perverso villano oriental, el Dr. Yen How, que se ha citado como precedente del más lamoso Dr. Fu Manchú de Sax Rohmer. Paradójicamente, este libro sería de lejos el más vendido y

editado en vida de Shiel, que siempre se sintió un tanto frustrado y avergonzado por ello...

Dice mucho del personaje que, pese a sus constantes apuros económicos, le gustara cultivar la imagen de un rentista acomodado, un hombre de letras por vocación y afición, sin ningún afán de lucro... que se dedicaba a escribir por amor al arte, precisamente en el momento culminante de la doctrina del arte por el arte. Es verdad que se hizo amigo de Arthur Machen, y que frecuentaba a Oscar Wilde, Pierre Louÿs y otras figuras consagradas del Movimiento Estético; pero la cruda realidad de su vida cotidiana seguía siendo la de un trabajador a destajo, mal pagado y peor reconocido. Sin embargo, sus seriales periodísticos seguían apareciendo en forma de libros, y en 1901 publicó *The Lord of the Sea*, una fantasía histórica con un trasfondo de crítica social y una trama inspirada, como hemos dicho, en *El conde de Montecristo*. Pocos meses después, como compendio de otro serial, vio la luz *The Purple Cloud*, la novela que, junto a algunos de sus cuentos de horror sobrenatural, ha mantenido viva su memoria hasta nuestros días.

La nube púrpura es una de las pocas obras de Shiel traducidas al español y medianamente conocidas por el público de habla hispana. En ella se revela como un auténtico precursor, pues se trata de una obra de ciencia ficción escrita en una época en la que todavía no se había acuñado el término. También se ha señalado a Poe (en concreto *El relato de Arthur Gordon Pym*) como precedente, pero el mundo postapocalíptico que describe tiene ya muy poco que ver con las fantasías postrománticas de su maestro. Pese a lo delirante que debió parecer su trama en aquella época (un explorador polar que a la vuelta de su conquista del Polo Norte descubre que toda la vida animal se ha extinguido en la tierra por efecto de los gases tóxicos emitidos por una formidable explosión volcánica...), el libro tuvo bastante éxito, no ha dejado de reeditarse desde entonces y ha ejer-

cido una considerable influencia en otros cultivadores del género.

Entre otras novelas más o menos memorables y hoy completamente olvidadas de Shiel (las escribió de todo tipo: históricas, bélicas, románticas, de misterio y aventura) destacan *The Last Miracle* (1906), *How the Old Woman Got Home* (1927) y *This Above All* (1933). Pero aquí nos interesan sobre todo sus relatos, y de forma especial (aparte de los de *Shapes in the Fire*) los publicados en *The Pale Ape and Other Pulses* (1911)^[1] y en *Here Comes the Lady* (1928)^[2]. En *The Pale Ape* Shiel quiso incluir también "The House of Sounds", una revisión exhaustiva de "Vaila" en la que moderaba considerablemente el lenguaje torrencial de su juventud. Quizá por eso, varias generaciones de lectores hemos preferido a esa copia el vibrante original. Afortunadamente, los autores no siempre tienen la última palabra sobre su obra... y si no que se lo digan al bueno de Kafka.

M. P. Shiel vivió el resto de su vida a caballo entre Londres y París, respetado por sus pares pero en gran medida ignorado por el gran público. Se casó dos veces (la primera con Carolina García Gómez, una joven española afincada en París, y la segunda con la divorciada Esther Lydia Jewson), y tuvo varios hijos legítimos e ilegítimos, ninguno de los cuales le sobrevivió. El episodio más oscuro de su vida tuvo lugar en 1914, cuando fue enjuiciado y condenado por abusar sexualmente de una niña de doce años. Shiel negó siempre los hechos, pero parece probado que los cometió, y que pagó por ello con dieciséis meses de trabajos forzados... una condena a primera vista muy leve, y no solo para la moral dominante hoy, habida cuenta que dos décadas antes el pobre Wilde había cumplido una similar por unos pecadillos que hoy se nos antojan bastante más veniales. Además, su experiencia carcelaria no supuso para Shiel un quebranto comparable al que precipitó la muerte de Wilde, por la sencilla razón de que nunca llegó a alcanzar la

cúspide mundana y literaria que este ocupaba en el momento de su caída en desgracia.

En 1934, atendiendo a sus méritos literarios, se le concedió una pequeña pensión, que apenas pudo aliviar su extrema pobreza. Sus últimos años, olvidado por todos salvo un pequeño grupo de admiradores, debieron ser muy duros y solitarios, y solo y en la miseria murió un día del invierno de 1947.

* * *

En este breve apunte biográfico hemos dejado de lado hasta ahora la leyenda del reino de Redonda, que sin embargo ha contribuido en buena medida —más incluso que sus obras— a mantener vivo el interés por este autor.

Esta leyenda, creada un poco a la ligera por el propio Shiel (quizá para divertirse, quizá para consolarse de sus fracasos y desdichas) y cultivada con entusiasmo interesado por el mediocre poeta inglés John Gawsworth, su fiel amigo y albacea literario, cuenta que en 1880, el día de su decimoquinto cumpleaños, el joven Shiell visitó junto a su padre, en un barco de su propiedad, la isla de Redonda, una de las más pequeñas de las de Sotavento, que no pasa de ser un islote desierto, un peñón perdido en el Caribe. Al parecer, Matthew Dowdy Shiell llevaba consigo en aquel viaje al obispo metodista de Montserrat, y fue este señor quien, a instancias de su padre y siguiendo sus solemnes indicaciones, coronó al futuro escritor —con el nombre de Felipe I, en español— como primer rey de Redonda, una posesión que Dowdy habría vindicado como suya quince años antes, para conmemorar el nacimiento de su único hijo varón. Cuenta asimismo la leyenda que la reina Victoria llegó a concederle la posesión del islote y el título hereditario de rey, bastante discutibles por otra parte desde que en 1872 el Reino Unido se lo anexionó para explotar los fosfa-

tos de alúmina producidos por el guano de los numerosos alcatraces que anidan en sus costas rocosas. Este producto, la caca blanca de las aves marinas, era al parecer la única riqueza del lugar hasta que, tras la muerte de Shiel, John Gawsorth decidió explotar su potencial como mito literario.

Desde entonces la leyenda del Reino de Redonda se ha complicado mucho, pues Gawsorth, segundo rey de Redonda pero tan pobre como Shiel, vendió varias veces el título para poder subsistir (o para que le pagaran unas pintas en algún pub de Londres), como consecuencia de lo cual actualmente hay dispersos por el mundo varios pretendientes al trono. Uno de los más firmes parece ser el novelista español Javier Marías, que según él lleva dos décadas reinando con el nombre de Javier I, y que se ha esforzado no poco por seguir cultivando la leyenda, como ya hiciera Gawsorth, mediante la concesión de títulos nobiliarios a diestra y siniestra, mayormente a amigos escritores y artistas. Por otra parte, como marca comercial, a poco de acceder al trono Marías fundó una editorial con ese nombre que ha publicado hasta la fecha dos obras de Shiel y otras muchas de sus autores favoritos.

De modo que el reino de Redonda no pasa de ser una anécdota, o como ha reconocido expresamente el propio Marías, un juegucito, una broma (aunque acto seguido, en "Este reino junto al mar", mencione el riesgo evidente de que se convierta en una bufonada...) Si nos hemos detenido un momento en él es porque, a nuestro juicio, tiene una curiosa correspondencia con el universo ficticio creado por M. P. Shiel. Como supuesto reino, Redonda es un mundo tan imaginario como los demás nacidos de su fantasía, con la notable diferencia de que allí, como en ese islote del Caribe (donde cabe suponer que aún siguen recogiendo el guano para hacer fosfato), nunca ocurre nada digno de mención, mientras que en los cuentos de Shiel ocurren todo el rato un montón de cosas fascinantes y pavorosas.

Al igual que Redonda, algunos de esos mundos imaginarios son pequeñas islas desiertas (como Vaila, o la Delos de "La mujer de Huguenin"); otras veces son reinos o señoríos remotos perdidos en algún lugar impreciso del pasado (el Lovanah de "Tulsah", la Babilonia de "El Gran Rey") o el presente (Phorfor, el Hargen Hall de "El simio pálido"); otras, en fin, aparecen en enclaves secretos ocultos en la moderna Babilonia de Londres ("El Primado de la Rosa"), o en mi páramo maldito de la Provenza ("La campana de St. Sépulcre"), o entre las montañas agrestes de la Columbia Británica ("El lugar del dolor"). Estén donde estén, todos tienen un marcado carácter insular, extraterritorial e incluso —a juzgar por los fenómenos antinaturales que en ellos suceden— se diría que *extraterrenal*.

A diferencia de Redonda, ninguno de estos mundos se puede visitar, ni siquiera cuando nos remiten a un lugar real. Solo cabe imaginar el estupor de los turistas que, desde la cercana Miconos, visitan a diario las ruinas de Delos si alguien les contara que en lo alto del cerro pelado que domina la islita había hacia 1890 una mansión muy peculiar, con «una extensión poco menos que demente: un desierto más que una vivienda, una casa griega multiplicada muchas veces hasta convertirse en una maraña de casas griegas, como objetos vistos con gafas angulares», habitada además por un felino espeluznante, «de gran tamaño... de ojos deslumbrantes como una conflagración... su grueso cuerpo envuelto en una masa de plumas grises con las puntas rojizas... con algo semejante a alas diminutas en el lomo... y una vasta cola vuelta hacia abajo, como la cola de un ave del paraíso». El mismo estupor que sentiría alguien que, yendo de crucero por las Shetland, oyera hablar a un marino sobre una isla cercana que era «el centro de ese gran sistema de *rösts* (remolinos peligrosos) y corrientes cruzadas que la acción de las olas gigantes crea entre las islas, socavándolas con complejos torbellinos corrosivos», donde el impacto de «las altas crines de espuma con que el oleaje

salpicaba la abrupta muralla de la costa... resultaba a menudo más eficaz que el bombardeo de la artillería pesada, y podía arrojar toneladas de rocas a una altura de varios centenares de pies sobre la isla».

No, por exóticos que sean a veces, ninguno de los mundos imaginarios de Shiel parece un lugar ideal para irse de vacaciones. Por suerte solo existen en sus libros, al margen del mundo donde vivimos, lo más lejos posible de nuestra realidad... y podemos asomarnos a ellos sin riesgo alguno, confiados en que nos procurarán más de un grato escalofrío de horror.

A este respecto, hablando de las cosas extraordinarias que cuenta Shiel, dice E. F. Bleiler: «Estos hechos no tienen lugar en nuestro mundo cotidiano, sino en segmentos de mundos artificiales que Shiel creó. En este sentido Shiel se diferencia diametralmente de Arthur Machen, el otro gran escritor de horror de la década de 1890. Fiel a la tradición clásica y victoriana, Machen hacía irrumpir lo extraño en nuestro mundo ordinario. Shiel consideraba lo extraño una característica de un mundo extraño. Por supuesto, ambos enfoques son correctos»^[3].

Los personajes que pueblan estos relatos tampoco son de este mundo, aunque el velo (figurado o real) que a veces les cubre la cara pueda al principio engañarnos y nos permita soportarlos. Un caso típico es Theodore, el solemne Anciano de la Torre en "Phorfor", que acaba revelándose como un monstruo repulsivo: «La Torre se estremeció agónicamente y empezó a desmoronarse, escupiendo ladrillos rojos como un púgil derribado escupe sus dientes ensangrentados. Por un momento, en el parapeto más alto, apareció una fugitiva forma monumental... una cara sin velo... con algo parecido a cuernos en la frente... una cara que no era más que un yerto y espeso amasijo sin rasgos de carne leprosa amoratada, iluminada y fustigada por las colas de escorpión de las llamas que brotaban de su túnica de seda y de las ardientes guedejas de su cabellera...»

Pero son sobre todo los personajes femeninos de Shiel los que encarnan el horror extremo con que se manifiesta su enfermiza obsesión por la muerte y por los seres surgidos de entre los muertos: mujeres fascinantes —aunque casi más por su rareza que por su belleza— como Xélucha, o Tulsah, o Andrómeda, la mujer de Huguenin, o la Rachel de “La novia”, o la reina Nicotris de “El Gran Rey”... que vuelven de la tumba para castigar a sus antiguos amantes, dejando tras de sí un aroma a flores de azahar mezclado con un tufillo a podrido, ávidas de venganza pero más ansiosas aun por volver a gozar por un momento de la vida: «Mira ahí fuera las casas de la ciudad en este día que amanece: te digo que no hay una que no esté habitada por algún alma... que recorre de un lado a otro el viejo teatro de su breve Día... espoleando la imaginación con mil trucos pueriles, semejanzas... engañándose minuciosamente con la fantasía de *que todavía vive*, de que la oportunidad de la vida no está perdida para siempre, para siempre... pero desgarrada todo el tiempo por memorias latentes del Verano desperdiciado, de la breve luz caduca entre las dos tinieblas eternas... ¡desgarrada, te digo y te grito!... ¡desgarrada, *Mérimée, demonio destructor!*...»

Un siglo y cuarto después de su primera aparición, “Xélucha” sigue siendo para el lector que la descubre como un puñetazo que le deja sin aliento, aturdido y espantado. Esa mezcla recurrente de amor frenético y venganza de ultratumba llena los mundos imaginarios de Shiel de ataúdes y sepulcros, ritos funerarios nocturnos y velatorios con un final inesperado y terrible. Incluso en “Phorfor”, su única historia de amor con final feliz, la muerte es una presencia constante y maníaca contra la que tiene que luchar a brazo partido Numa para ganar el corazón de la etérea Areta, consagrada de por vida al duelo por su difunto hermano.

Es precisamente la filosófica Areta quien nos da la clave para entender la verdadera naturaleza de estos territorios de ficción, cuando dice: «Solo en el misterioso telar del es-

píritu puede tejerse la trama del mundo». Este idealismo radical de raíz berkeliiana —*esse est percipi*—, que niega de modo tajante la existencia de la materia, explica por qué Shiel situaba sus mundos tan al margen del nuestro: porque si *ser es ser percibido* con los sentidos, sus historias, por delirantes que parezcan, deben tener para quien las lee una realidad como mínimo tan indiscutible como la del mundo que le rodea... aunque no cabe duda de que en sus mejores momentos Shiel aspiraba a más, como todo escritor que se precie: a estampar en el lector una impresión — de extrañeza, de maravilla, de horror— más fuerte y persistente que la que le causan de ordinario las insulsas vicisitudes de su vida, y recordarle de paso la gran verdad que pone en labios del alienista Dr. Corot: «¡Entre el caos y las suelas de nuestros zapatos solo hay una delgada capa temblorosa!»

Su desbordante imaginación, su virtuosismo verbal y estilístico le permitieron lograrlo con bastante frecuencia, sobre todo en sus primeras obras. Con el tiempo fue moderando sus ímpetus expresivos y el atildamiento obsesivo de su prosa, mientras iba limitando la presencia de lo sobrenatural en sus cuentos, tan dominante al principio. Pero sobrenatural o no, fue hasta el final un maestro del horror, como demuestra en “La historia de Henry y Rowena”, “El lugar del dolor” y esa joyita de historia de venganza servida en frío que es “El Primado de la Rosa”.

Tratando de calibrar su estatura literaria y de explicarse el olvido en el que ha caído su obra, dice E. F. Bleiler que «Shiel es un escritor de escritores, por lo que se entiende uno del que sus colegas artistas pueden admirar determinados aspectos de su técnica»^[4]. Es verdad, pero como no solo de técnica vive el escritor, cabe matizar este juicio con la definición que da el propio Shiel en el último relato mencionado, que fue uno de los últimos que publicó: «Un escritor es un literato, un hombre de letras, no de palabras, no verboso. (...) No lo hace para ganar dinero —está seguro

de que conseguirá dinero de algún modo, siendo como es un ser hábil y afortunado—, no lo hace para conseguir nada, sino para darse a sí mismo, y liberar un poco sus glándulas de la abundancia de grasa de su genio: de modo que su pluma no es una lengua, sino un buril; escribe en granito, y cada palabra, cada letra, está cargada de ton y son, de canción y visión...»

La presente antología incluye doce de los mejores cuentos de horror de Shiel, más de la mitad de los cuales no habían sido traducidos anteriormente al español. Ante la profusión de términos en idiomas distintos del inglés —sobre todo en francés— de que hace gala en algunos de estos relatos, hemos preferido dejarlos todos tal cual, respetando siempre su uso voluble de las cursivas; y no solo para evitar incordiar al lector con centenares de notas, sino también para no interrumpir de continuo la cadencia de la prosa, tan importante en este autor. Del mismo modo, ante las numerosas referencias cultas —literarias, filosóficas, históricas, científicas— que salpican sus páginas, hemos creído oportuno limitar al máximo las notas aclaratorias. Puede que Shiel fuera un escritor de escritores, pero el lector actual tiene el mismo derecho que el de hace un siglo a que le presenten sus obras, en la medida de lo posible, limpias de polvo y paja.

JUAN ANTONIO SANTOS

XÉLUCHA

«Va en pos de ella... y no lo sabe...»
(De un diario)

¡Hace tres días! Cielos, parece un siglo. Pero estoy conmovido... mi razón está pervertida. Hace un rato me sumí en un coma que recordaba en todo a un ataque de *petit mal*. «Tumbas, y gusanos, y epitafios»: esa es la fantasía de mi sueño. A mi edad, con mi físico, ¡camino tambaleándome, como un hombre acabado! Pero todo eso pasará: debo volver en mí... mi razón está pervertida. ¡Hace tres días, y parece un siglo! Sentado en el suelo ante una vieja cista llena de cartas, encontré un paquete de las de Cosmo. ¡Vaya, las había olvidado, ya empiezan a amarillear! En verdad, ya no puedo llamarme joven. Me quedé allí leyendo, inmóvil, arrebatado por los recuerdos. ¡Pero divagar es perderse!, debo retorcer el cuello a esa mala costumbre, o disponerme a perecer. Una vez más me deslicé por la laberíntica armonía esférica del minueto, y di vueltas con el vals, mientras las llamas alargadas de los candelabros y el mediodía de la bacanal giraban a mi alrededor. ¡Cosmo era el auténtico zar y marajá de los sibaritas, el Príapo de los *détraqués*! En cada alcoba inesperada de su villa romana había un diván elevado, con su necesario escabel, flanqueado y endoselado por espejos de oro puro. La tisis le tenía bien atenazado; cuando al fin se recostaba ante la mesa, hasta que entraba en calor, apenas podía levantar su copa de vino. ¡Sus ojos eran como luciérnagas enroscadas, cercadas